

CIELO DE RADARES



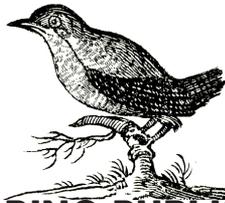
emmanuel vizcaya

CIELO DE RADARES

edición de aniversario

CIELO DE RADARES

EMMANUEL VIZCAYA



HERRING PUBLISHERS

Edición de aniversario: 2021

© Emmanuel Vizcaya

© Herring Publishers México
Querétaro, Qro.

Diseño de la colección:

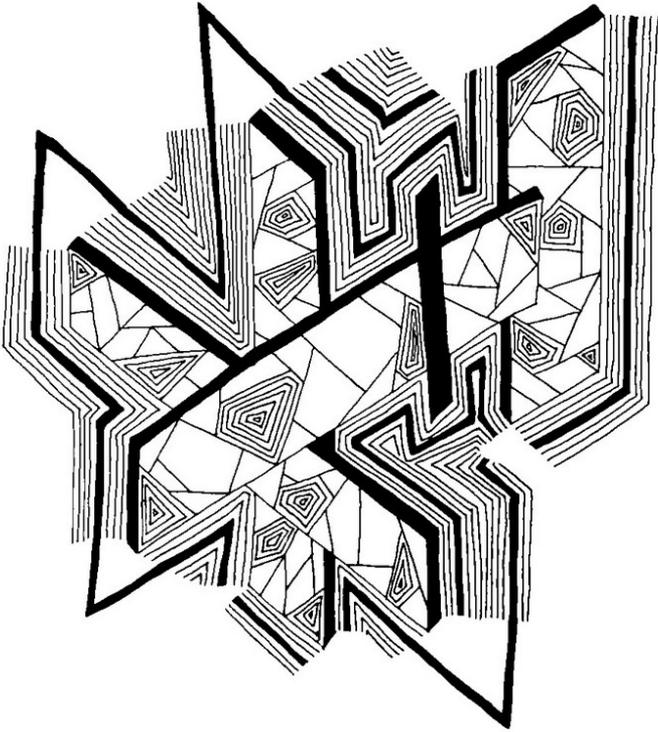
Oliver Herring

Ilustraciones:

Emmanuel Vizcaya

Impreso en México / *Printed in Mexico*

a mi padre

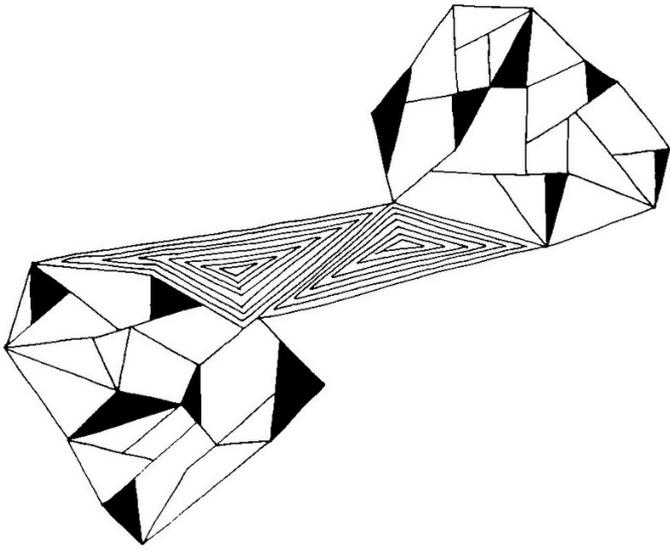


A

Existe una agencia turística que ofrece tours hacia la muerte, al inframundo, ida y vuelta, a bordo de autobuses especiales de color negro y características submarinas porque el inframundo está bajo el mar. Compro un boleto en la zona de andenes donde se indica el número del próximo autobús. Después de tomar la carretera, llegamos a la costa para internarnos entre las olas. Abajo está ese otro mundo, el de los muertos, casi una réplica del mundo de arriba: un espejo sumergido. Ahí se puede caminar normalmente por las calles pero con el esfuerzo obvio de moverse bajo el agua y sin necesidad de respirar porque el autobús libera un vapor químico que adapta temporalmente los pulmones al nuevo entorno. Las cosas se mueven casi sin sonido, rodeadas de un extraño color sepia: agua turbia. A todos nos entregan un reloj sincronizado que indica el momento del regreso y es de vital importancia que los pasajeros estemos a la hora prevista ya que el sistema para emerger es automático y no esperará a nadie. Después de caminar un poco, el tour incluye la entrada a una tienda de souvenirs llamada “DOLOR” donde sólo se exhiben fotos viejas de escenas significativas en la vida de los turistas. Encuentro varias fotos de mi infancia pero también de tiempos recientes y entonces comprendo el motivo del nombre de la tienda. No me llevo nada. Al mirar mi reloj, me doy cuenta de que el autobús está a tres minutos de partir y yo todavía estoy a dos calles de distancia. Comienzo a correr pero mis movimientos son lentísimos, pues estoy bajo el agua. La desesperación me invade cuando al llegar al punto de reunión veo cómo el autobús se eleva dejando una estela de burbujas. Estoy varado en la muerte. Al momento de querer gritar para pedir auxilio, trago una gran bocanada de agua que me hace despertar.

B

En medio de una selva espesa hay un edificio enorme de oficinas infestado por jaguares como si fueran una plaga: jaguares en los pasillos, en cada sala, encaramados a las vigas de los techos, en el sótano. Yo estoy en el décimo piso, justo a la mitad, tratando de salir. Es de noche y no sé qué hago en ese sitio. Sin embargo no estoy solo, hay más gente entrando y saliendo de las salas de junta, con la diferencia de que, al parecer, soy el único que puede ver a los jaguares y el único que es acechado por ellos. Supuestamente 'alguien' pasará a recogerme en una camioneta blindada y para eso tendré que llegar primero al estacionamiento de la planta baja. Intento correr sin hacer ruido pero mis pasos y mi respiración atraen decenas de jaguares que me van persiguiendo. El interior del edificio ha sufrido estragos: las paredes están rasguñadas, hay restos de mamíferos pequeños que fueron devorados, muchas de las luces no funcionan y el olor es casi insoportable. Llego a la zona de elevadores pero todos están inservibles, tienen las puertas forzadas y con marcas de garras gigantescas. A nadie de la poca gente que aún está en el edificio parece importarles y usan las escaleras. Recibo un mensaje de la persona que irá a recogerme diciendo que hay demasiado tráfico y que será imposible pasar por mí; el mensaje termina con un 'buena suerte'. Pienso que sería fácil subir a la azotea para tratar de bajar por la parte de afuera, saltando de balcón en balcón, pero al llegar hasta el último piso descubro una manada de panteras durmiendo en la oscuridad. No tengo más opción que intentar salir por la puerta principal a como dé lugar. Entonces, usando las escaleras de emergencia llego hasta la planta baja y antes de alcanzar la puerta, tres jaguares furiosos me cierran el paso. Lleno de coraje e ímpetu suicida decido enfrentarlos de una vez por todas porque ya estoy hartos e incluso molesto, entonces uno de ellos salta hacia mí y me da un bestial zarpazo en el brazo izquierdo que me tira al piso. Es el color y la temperatura ardiente de mi sangre lo que me hace despertar.

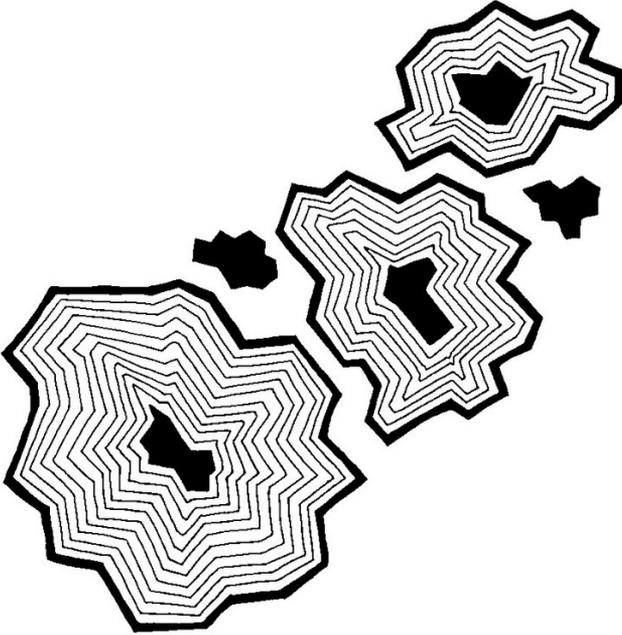


A

Soy el panadero oficial de Pablo Escobar y tengo la responsabilidad de surtir con baguettes recién hechas la fiesta de cumpleaños de su mejor socio. Vivo en Medellín pero la reunión será en Cali, territorio peligrosísimo, así que mandan un helicóptero para llevarme hasta allá. Mientras sobrevuelo la ciudad, miro cómo el paisaje se va deconstruyendo y lo que antes eran casas y árboles ahora sólo son enormes bloques de concreto grises y verdes, sin textura alguna. Toda la geografía está hecha de cubos, como grandes píxeles. Llegamos al lugar de la fiesta y me ordenan ir de inmediato a la cocina. Mientras preparo la masa, escucho una balacera en el exterior y por reflejo me tiro al suelo. Después de unos instantes, las detonaciones cesan y comienza la música de baile. Alguien grita que me apresure con el pan y, como por arte de magia, veo que la mesa ya está al tope de mis cotizadas baguettes. Salgo con un par de ayudantes empujando mesitas con ruedas y, en el centro de la multitud, está Pablo Escobar contando chistes. Dejamos el pan en su lugar y alcanzo a ver cómo una comitiva levanta algunos cuerpos y se los lleva en carretillas, resultado de la balacera. Al parecer esto es muy usual en las fiestas porque todos ríen y se ven despreocupados. Justo antes de regresar a la cocina, veo que la geografía de píxeles gigantes nos ha alcanzado y ahora estamos rodeados solamente por cubos de colores, sin textura. Pienso que quizá habitamos en una especie de videojuego. De pronto, otra balacera me saca de esos pensamientos y por reflejo me vuelvo a tirar al piso. El caos reina y aparecen pequeños incendios a mi alrededor. Escucho la voz de Pablo diciendo que comience el baile y siento una mano extraña levantarme del brazo. La visión de cubos naranjas que simulan fuego enardecido me hace despertar.

B

Sobre nuestra existencia muchas veces se ha planteado que tal vez no existimos y que sólo somos el sueño de “algo” que duerme. Si así fuera, nos preocuparía la idea de esfumarnos de inmediato al momento en que ese “algo” despertara. Esa teoría es posible y respetable pero hay otra cosa que también me inquieta: ¿qué tal si yo, por ejemplo, soy una especie de criatura indefinible y flotante que sueña que es un ser humano que a su vez se hace llamar Emmanuel y que vive en un tal planeta Tierra, junto a otros millones de humanos? ¿No sería sorprendente? (Bueno, en realidad el sorprendido debería ser yo porque si tú, lector, te sorprendieras, no sería más que mi inconsciente haciendo que uno de los personajes de mi sueño actuara como si se sorprendiera para hacerme ver que está sorprendido). Y que sueño que escribo que ya me di cuenta de que soy “algo” dormido con súper sueños y que la supuesta vida que todos llevamos no es más que lo que estoy soñando; pero las cosas pueden dar giros dramáticos y quizá la verdad sea que tú, lector, fueses esa criatura indefinible y flotante que sueña que alguien cree que eres tú y que escribe todo esto para hacértelo saber; entonces tendrías algo así como un “encuentro con tu consciencia”, lo que significaría que yo soy tu consciencia, y quizá ahora te estés revolviendo en tu lecho porque tu sueño está volviéndose intranquilo. Y no digo que lleves dormido los cuatro mil seiscientos millones de años de la Tierra, sino que tal vez sólo son un par de minutos terrestres pero nos haces creer a todos que han sucedido infinidad de cosas en la historia; aunque volviendo a la otra hipótesis, quizá sea yo el soñador que te aburre con mis palabras; por eso lo mejor sería que tú o yo, por si las dudas, siguiéramos soñando para mantenernos vivos por el mayor tiempo posible, y si acaso no somos ni tú ni yo y es otro el que sueña, entonces habría que desear que permanezca siempre soñando para no enfermar de miedo por la urgencia saber si aún estamos íntegros y si somos las mismas personas y no entes amorfos con intrépidos súper sueños.

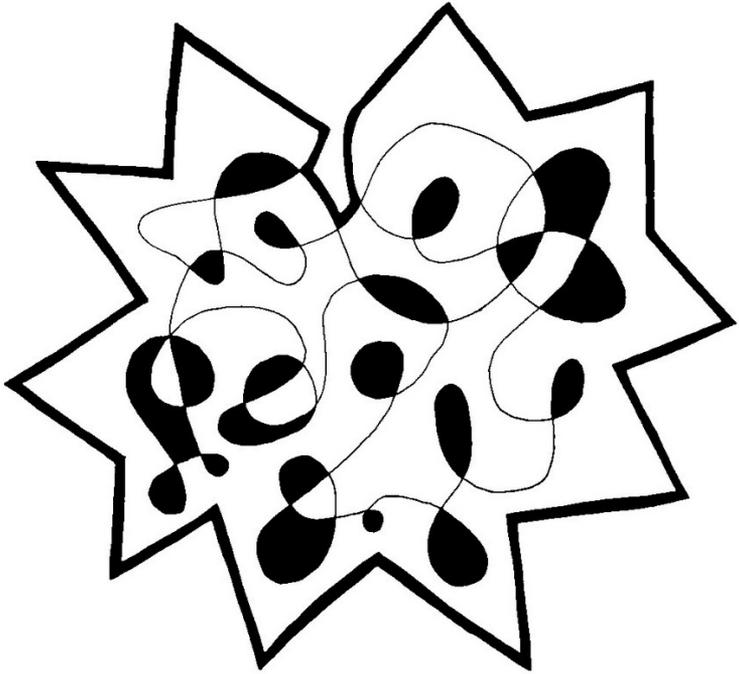


A

Un meteorito gigante con forma de cráneo humano se dirige fatalmente hacia la Tierra. Su composición es casi 90% titanio y otros materiales cósmicos, así que su dureza y negrura son espeluznantes. El meteorito ya alcanza a verse (curiosamente avanza a una velocidad más lenta de lo normal) y el pánico que recorre las calles es apocalíptico: los gritos, los autos volcados, los negocios saqueados, el fuego a cada tantos metros. Dentro de todo el frenesí, un aparador de una tienda llena de televisores, transmite la noticia de que un grupo de científicos analizó el campo radiactivo del meteorito y descubrió que la menor exposición a él (a una distancia que no se especificaba) provoca mutaciones fantásticas en el genoma humano. Al parecer, la gente expuesta a su campo podrá experimentar cambios en su percepción espacio-tiempo así como efectos en su composición molecular. En pocas palabras, los científicos sugieren que el meteorito da la vida eterna (al omitir la oxidación celular) y la capacidad de ver el futuro. Dos de las cosas con las que más ha soñado la humanidad, y ahora un meteorito que las contiene, paradójicamente aniquilará a la especie al mismo tiempo. Movido por la curiosidad y un simultáneo impulso suicida, decido permanecer cerca del punto del impacto, acercarme lo más posible a ese campo radiactivo para experimentar, al menos por unos segundos, la inmortalidad y el don de ver el futuro. Entonces miro al cielo, al gran rostro descarnado que se aproxima, el rostro de la muerte, y corro hacia una zona libre de edificios pero mis piernas pesan toneladas y se van hundiendo en el pavimento, como si éste se derritiera, sin embargo, comienzo a sentir la piel erizada, electrizada, cientos de imágenes que todavía no suceden pasan como en cinematógrafo por mi cabeza, y pienso que tanto el pavimento derritiéndose como esas sensaciones son producto de la radiación que empieza a manifestarse. Pero de pronto una de mis piernas se quiebra y caigo al piso. El intenso dolor me hace despertar.

B

Ésta es la Matrioska del sueño. Estoy en un sueño que no es un sueño, que es un sueño dentro de un sueño, que soy yo mirando la oscuridad del techo de la habitación desde la cama. Sueño que estoy despierto. No sueño que estoy soñando. Sueño que no puedo dormir, aunque estoy profundamente dormido. Sueño los bordes de la realidad, sueño los bordes de las cobijas, sueño la sombra, sueño la incomodidad de mi calor corporal. Sueño que tengo los ojos abiertos en el centro de la habitación. Sueño las leves filtraciones de luz por la ventana. Sueño la respiración de quien está a mi lado esta noche. Sueño sobre sueño. La Matrioska del sueño. Sueño que estoy lleno de insomnio y que aún no es demasiado tarde. Que aún es temprano. Sueño que falta mucho para que amanezca, aunque quizá ya está amaneciendo. Así funciona la Matrioska del sueño, sueño sobre sueño. Sueño que estoy en un laberinto de cuatro paredes. Sueño que cierro los ojos y creo que en realidad los abro, pero todo está nublado afuera. O adentro, no lo sé. La Matrioska reproduce mi sueño adentro de otros sueños idénticos. La nombro así, Matrioska, aún soñando. De pronto, creo quedarme dormido, o más bien, soñar que me quedo dormido, y entonces comienzo a emerger del verdadero sueño, del más breve y profundo al final de todos. Abro los ojos y percibo mi tacto. La habitación sigue a oscuras. La respiración de al lado vibra tenuemente. Por la ventana se filtran las primeras sombras blancas. Es la conciencia de mi sueño la que realmente me hace despertar.



A

[

]

B

[

]



A

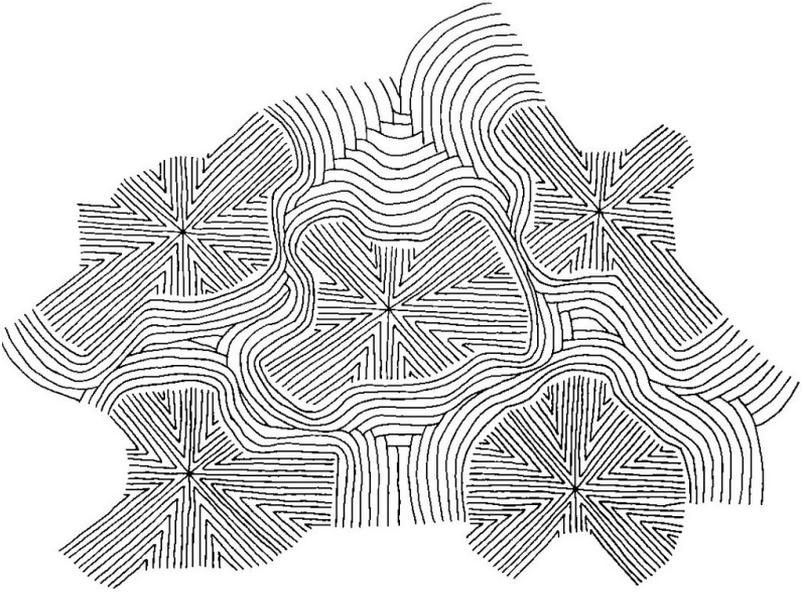
Trabajo en una agencia pericial y de investigaciones. Recibimos un llamado para atender un accidente vehicular que involucra a un camión de carga y a un motociclista en el cruce de una avenida importante: por la falta de precaución de ambos conductores, el camión, a exceso de velocidad, embistió al motociclista que avanzaba también a exceso de velocidad. El accidente es tan terrible que al llegar acordonamos la zona y nos disponemos a recoger todos los restos posibles. Con muchísimo desconcierto, descubrimos que los restos del motociclista están hechos de mármol: se trata, ni más ni menos, que de la estatua del David, esculpida por Miguel Ángel, en traje de cuero, botas y estoperoles. La cabeza, intacta y todavía en el interior del casco, es de un increíble detalle, con la nariz respingada y voluminosos rizos en la cabellera. No encontramos documentos ni credenciales pero sí una postal del calendario azteca en el bolsillo de la chamarra, intervenida con rasgaduras y manchas de tinta con una extraña clave: “16-16-17-17”. En un momento de descuido ocasionado por la sorpresa, el conductor del camión se da a la fuga. Miro los ojos sin identidad de mis compañeros; uno de ellos me toca el hombro y me hace despertar.

Inter

En medio de la noche me intercepta este pensamiento: si yo pudiera convertirme en lo que fuera, me convertiría en una montaña porque siempre me ha atraído el misterio de las piedras, su fuerza contenida, su energía tremenda para mantenerse sólidas, para no estallar como si fueran bombas minerales. Su magnetismo es la herramienta para enlazarse con el mundo, para intervenirlo y habitarlo. Una piedra puede ser paciente y esperar el fin de los tiempos o ser violenta y valerosa cuando es arrojada a un objetivo. Una piedra es una montaña diminuta. Una montaña es una piedra enorme, el dios de las piedras. Si las piedras rezaran, quizá le rezarían a una montaña. Estaría bien ser una montaña. Estoy en esos pensamientos cuando el sueño vuelve.

B

Camino por una playa de arena gris y encuentro a una chica con vestido larguísimo que me dice, de manera abrupta y sin saludo, que es capaz de controlar los barcos totalmente a la distancia, no conducirlos o navegarlos sino controlarlos desde lejos con el sólo movimiento de sus manos. Está practicando y me da una demostración: si extiende los brazos paralelos con las palmas apuntando a un barco, el barco permanece quieto; si dobla las muñecas para que las palmas vean al piso, el barco avanza lentamente; si sube los brazos paralelos a la altura de los ojos, el barco sale del mar como una roca arrancada de la tierra y flota; si levanta los brazos un poco más, el barco se eleva un poco más. Me dice que puede hacer eso desde las playas y también a bordo de los barcos y que puedo acompañarla a uno en ese mismo instante, sin embargo, invadido por una extraña ansiedad, le doy las gracias y rechazo su invitación. Al parecer mi negativa la enfurece y en un arrebato hace que el barco más cercano salga del agua como un proyectil y se impacte con violencia en uno de los lujosos hoteles que están al otro extremo de la costa. El estallido ensordecedor y los gritos me hacen despertar.

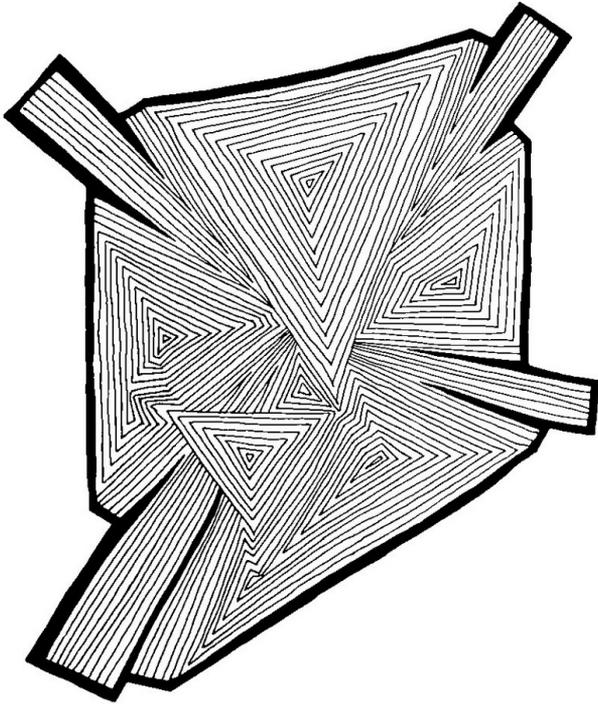


A

Hay una cosa que existe y que se llama El Imperio de las Sábanas. El Imperio de las Sábanas es la estancia entre los márgenes de la vida. Una desconexión completa de lo que sucede afuera del calor de la cama. Está bien que el mundo suceda en otro lado porque así nos queda una isla, una isla que se convierte en cápsula. Dentro de ella todo pasa a una distancia ajena, como detrás de la neblina. Una isla que se construye con dos personas y una sábana. No hay más lógicas que las del cuerpo y la carne. Es fácil fundar un imperio en la habitación y gobernar desde ahí lo que en ella ocurre. En El Imperio de las Sábanas el tiempo pasa en contracciones, sin percibirse cuando lo hace rápido o despacio. El tiempo es una válvula que se cierra y abre para dejar pasar sucesos que sorprenden por su inesperada presencia. Así, intermitentemente, una hora dura diez minutos y diez minutos duran una hora. La mayor parte de las leyes de El Imperio de las Sábanas gobiernan el movimiento, un movimiento lento que reconoce los terrenos poco a poco, tanteando y explorando. La única tormenta permitida es la sexual, eléctrica, entre medusas y pulpos. Lo demás tan sólo es calma. Uno siempre vuelve, siempre quiere gobernar desde El Imperio de las Sábanas.

B

Estoy profundamente emocionado porque al fin aprobaron la patente de mi más ambiciosa creación como diseñador de modas y tanatólogo: un cinturón de cuero de la más alta calidad que a lo largo de toda su superficie lleva grabada en fuego la frase SALIDA DE EMERGENCIA. El cinturón es combinable con cualquier tipo de pantalón, es discreto y está disponible en colores blanco, marrón y negro. En la punta posee un arillo de metal reforzado especial para sujetarse firmemente a un gancho fijado al techo o a cualquier elemento similar sin correr el riesgo de romperse o desgarrarse ante la presión del peso. El arillo también puede correrse a una posición céntrica para lograr que el cinturón forme un nudo resistente por si fuera necesario sujetarlo a un tubo o viga más confiable. El interior del cinturón está recubierto por un material suave que evita cualquier tipo de irritación en el cuello y ayuda a volver más confortables los últimos segundos. Cabe decir que aún sigue en trámites para distribuirse en las grandes cadenas comerciales pero mientras ya puede adquirirse en internet a un bajísimo costo de lanzamiento. Mi lema siempre ha sido: *cuando se llega a la vida, lo mejor es tener ubicada la salida de emergencia*, y ese lema ahora se ha transformado en el slogan para mi producto. Creo que es una idea revolucionaria traer la salida de emergencia de este puto mundo al alcance de la mano, en la cintura, cuando por primera y única vez se le necesite. Confío en que mi invento será muy bien recibido, estoy completamente seguro.



Preámbulo

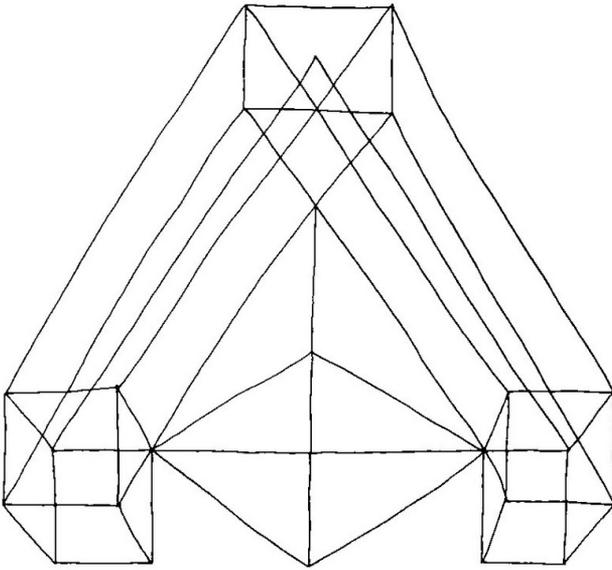
Debo decir
que no estoy durmiendo.
Estoy despierto
y de pie
y caminando
entre las luces
del bar.

A

Soy un pez. Un pez humanoide, antropomorfo. Pero no cualquier pez porque al parecer estoy hecho completamente de mantequilla, o de una pasta suave que luce y huele a mantequilla. Mis escamas son lentejuelas plateadas y azules. El brillo de esas escamas me perturba. Avanzo por un mar que no es un mar porque no estoy nadando. Trato de quitar con la palma de mis manos todas las escamas; son molestas, arden y deslumbran demasiado pero cada vez que arranco algunas, vuelven a surgir multiplicadas en mi piel. Comienzo a desesperarme. No quiero tener escamas ni ser un pez ni estar atrapado debajo de este mar espeso que me aterra, cegado incluso por los despuntes de luz que refleja mi cuerpo. Me siento vulnerable y no sé cómo fortalecer lo que en mí parece derretirse. Todo yo soy una figura incómoda, reblandecida por el calor de mi nerviosismo. De pronto, manos externas e invisibles me ayudan a remover mis escamas: descamarme. Las siento limpiándome en sincronía. Después, son esas mismas manos las que, una vez que me han quitado todo, me acuestan sobre una tabla gigante de madera y me llevan detrás de una vitrina: soy un pez recién pescado, listo para ser vendido en alguna pescadería de pueblo. El calor abrasador del foco me hace despertar.

B

Mi pecho es uno de los tantos canales de Venecia. Está completamente abierto y por todo lo largo el agua fluye. Permanezco horizontal porque de otra forma me desbordaría y correría el riesgo de vaciarme y no quiero quedarme sin agua, así que estoy quieto, viendo pasar algunas góndolas por mi pecho cuando bajo un poco la barbilla. Todo mi cuello es un puente de piedra bastante antiguo que atraviesan las góndolas para perderse de vista y seguir su camino que no sé a dónde lleva. Yo sólo soy un tramo de ese canal y me parece muy bien, muy tranquilizante. En la orilla hay un par de góndolas que no se deciden a entrar. Movidas por una voluntad propia, veo que levitan oscilando entre el agua y el muelle, titubeando, como si fuera su primera vez de entrar al agua. Yo no puedo hacer nada al respecto, sólo dejarme fluir. De vez en cuando unos pasos cruzan el puente de mi cuello. Apenas puedo ver una parte de todo el panorama, con mis ojos dando al cielo sin nubes. En un momento de distracción siento que por fin las góndolas indecisas entran al agua pero en vez de quedarse en la superficie, se han hundido como submarinos y la sensación que me da es la de haberme tragado un par de cápsulas. Carraspeo y es mi tos la que me hace despertar.

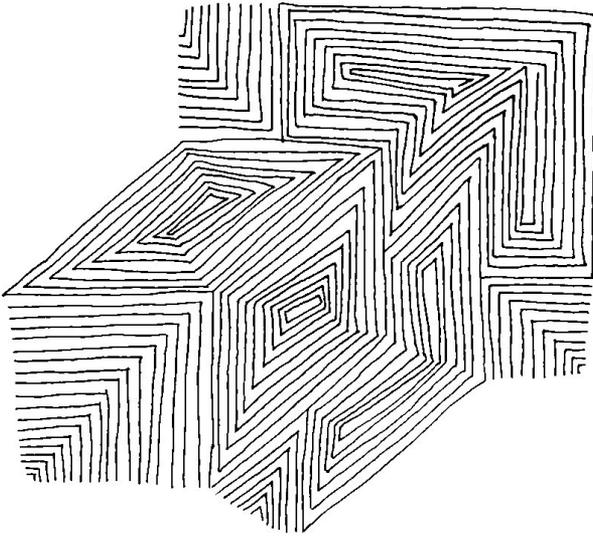


A

Avanzo bajo un sol inclemente sobre un camino de terracería y encuentro el cadáver de un CUERVO. Lo miro y una voz sale de él pero no lo entiendo ni me asusta. El intenso calor me hace distraerme de esa escena tan macabra. Sigo caminando. El sol vuelve blancas las arenas. El cadáver del CUERVO queda atrás.

B

Avanzo bajo un sol inclemente sobre un camino de terracería y encuentro el cadáver de un GATO. Lo miro y una voz sale de él pero no lo entiendo ni me asusta. El intenso calor me hace distraerme de esa escena tan macabra. Sigo caminando. El sol vuelve blancas las arenas. El cadáver del GATO queda atrás.



A

Mi padre está vivo pero sigue en el hospital. El hospital parece más una prisión y los médicos son militares con batas blancas, hostiles y armados. Cientos de máquinas y medidores cardiacos rodean las camas de las habitaciones; los pulsos arrítmicos y electrónicos de esos aparatos son lo único que puede escucharse, además de algunos lamentos moribundos. Mi padre ya se ve saludable y quiere salir de ahí desesperadamente pero se lo prohíben. Nos pide ayuda a toda la familia y organiza un plan que traza en pedazos de papel y servilletas que oculta entre las sábanas de la vista de los médicos militares. El plan incluye robar una llave para conseguir uniformes y credenciales de acceso para que todos pasemos desapercibidos. Somos más de 30 personas intentando liberar a mi padre que nos comanda mediante un radio desde su habitación. La operación encubierta se desarrolla en la noche; entramos sigilosos al almacén de uniformes y nos cambiamos de ropa; completamos nuestro arsenal con linternas, radios, cuerdas y baterías de emergencia para celulares. Los pasillos del hospital son inmensos y se bifurcan cada tantos metros. Somos 30 personas que poco a poco se dividen en pequeños grupos según las instrucciones del plan hasta que abarcamos las instalaciones. Yo voy en el primer grupo con mi madre, mi primo y alguien que no alcanzo a reconocer. Llegamos a la habitación de mi padre que nos espera haciéndose el dormido porque, al parecer, ya todo el personal se ha dado cuenta de la operación y las cámaras están vigilando. Desconectamos sin dolor todas sus sondas, su electrocardiograma, su oxígeno, sus sueros: son decenas de cables. Él se ve mejor que nunca pero también está nervioso, pues falta el trayecto a la salida. Decidimos que sea mi primo quien lo escolte hasta allá mientras mi madre y yo permanecemos en la habitación para hacer frente a cualquier médico; la otra persona que nos acompaña ha desaparecido. Se escucha agitación dentro del hospital, sirenas,

gritos, quizá algunas detonaciones, han cortado la luz y mi madre y yo estamos tras la puerta dispuestos a todo. Constantemente nos monitoreamos por los radios y algunos minutos después mi primo se comunica diciendo que mi padre ha logrado salir, que está justo bajo la ventana de la habitación y que necesito arrojarle por ella su ropa y una maleta. Me da tanta emoción que no lo pienso y prefiero aventarme yo mismo con todo y cosas a pesar de que estamos a más de 10 pisos de altura, en una noche cerrada. La caída no produce vértigo ni duele. Ya de frente a mi padre le doy la maleta y la ropa y noto que estamos rodeados de árboles. Por el radio me llegan sonidos violentos del hospital y se alcanzan a ver a la distancia las luces de las patrullas. Le pregunto que qué hará y me dice que por unos días deberá esconderse lejos hasta que dejen de buscarlo y que después llegará a casa. En el bolsillo traigo un GPS y se lo entrego para que sea más fácil encontrar el camino pero cuando lo miramos, descubrimos que la pantalla está inservible y nos reímos aunque yo estoy preocupado. Miro su rostro, tiene menos cabello, menos arrugas y parece que no es él, pero sí es él. Me da las gracias y se interna en un sendero entre los arbustos. Por un momento que siento infinito todo se queda en silencio hasta que una abrupta interferencia en mi radio me hace despertar.

B

Mi padre está vivo y encontró el camino de vuelta a casa.
Ojalá esto no fuera un sueño.

○ ○ ○

Emmanuel Vizcaya (Ciudad de México, 1989). Escritor. Ha publicado la trilogía poética NEO/GN/SYS, el libro de cuento breve Aerovitales, la antología personal Sphera Prisma y el poemario para Instagram Los Zentros. Fue fundador y editor de poesía de la revista digital [Radiador] Magazine. Con frecuencia imparte talleres de escritura creativa y produce ROTTTOR, un proyecto de experimentación sonora y música electrónica. Actualmente explora las plataformas digitales para la literatura multimedia. Mantiene la cuenta de Twitter @EmmanuelVizcaya y la de Instagram e_vizcaya

Esta edición especial consta de un
tiraje de
50 ejemplares
firmados y numerados por el autor;
este libro es el número:

*Cielo
de radares
Edición de aniversario
de
Emmanuel Vizcaya*
se terminó de imprimir en junio
en *Casa Herring*
de 2021
en
Querétaro
Qro.

HERRING PUBLISHERS